

LA NOVELA CINEMATO
DEL
HOGAR



AMANECER

GEORGE O'BRIEN
JANET GAYNOR
EDICION BISTAGNE

GNISME
Colomer
ART IMPRES
AL PAPER
Gravats Antics
Llaris i Revistes
Llunes i Medalles
Jugles Variats
i Postals
STE AL MON
LA XOCOLATA
I TABAC
L-Quiosc(A)
002 38 88
BARCELONA-2

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

AÑO I Francisco-Mario Bistagne NÚM. 8

Amanecer

(Poema de dos almas)

dirigido por el gran **F. W. MURNAU**

REPARTO

El marido	GEORGE O'BRIEN
La mujer	JANET GAYOR
La mujer de la ciudad.	MARGARET LIVINGSTON
etc.	



Film Titán Fox

Distribuido por

Hispano Foxfilm, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

POSTAL-REGALO: **CHARLES MORTON**

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



Es propiedad
Revisado por la
censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Amanecer

Argumento de la película

Era una aldea de ensueño. La costa allá abajo y al otro lado el monte. Campo y mar. Olor de agua salada, olor de valle fresco y joven.

En un declive estaba la hacienda de José Luis. Era éste un hombre joven y fuerte, pletórico de salud y de energía. Con un sólo brazo podía sujetar una carreta.

Alma, la esposa, parecía una niña o una muñeca a su lado. El la cogía en brazos como quien coge una pluma y así ella podía

subir sin cansarse hasta la cumbre de la montaña.

Se amaban con la inocencia y la alegría de los pájaros. Eran felices, muy felices...

Un niño vino a bendecir aquel glorioso amor. Además, había en la granja una criada vieja que los amaba como si fueran hijos suyos, y al niño como si nieto suyo fuera.

Era un poema de amor, de inocencia, de alegría. Luz por todas partes, luz en el cielo y en la tierra, en el mar y en las flores, en los rostros y las almas...

Pero un día...

Tenía un nombre frívolo y sensual, unos ojos fascinadores y enigmáticos, una boca que despertaba sed de besos. Su cuerpo ondulaba al andar y en las flexiones se precisaban, bajo el finísimo vestido, curvas de maravilla y las flores apretadas de los senos.

Moría la falda encima de la rodilla y allí empezaba el prodigo de las piernas, veladas por las medias finísimas, tersas transparentes.

Esta era la mujer de la ciudad.

¿A qué había ido allí? Otras muchas personas habían trocado el fragor de la cercana urbe por la paz deliciosa de la aldea, para descansar en los meses caniculares, pero ¿podía atribuirse a ella esta pacífica e inocente intención? ¿No era más probable que la hubieran llevado allí los mismos instintos perturbadores que en la ciudad la empujaban a los puntos de mayor y más brillante concurrencia?

Es el caso que se enteró de que José Luis poseía una hacienda, que la impresionaron aquellos músculos de acero, aquel pecho poderoso, aquel rostro de expresión infantil. Concibió inmediatamente el plan de ataque y le bastó una semana para hacerlo suyo.

* * *

Como todas las noches, cuando la noche tendía sobre el campo un velo protector, la mujer de la ciudad puso sobre el terciopelo de la piel los frágiles primores de sus ro-

pas íntimas, avivó con carmín el color de los labios y con rimmel el sombrío misterio de las pestañas, vistió su ajustado y fino traje negro y salió a la calle.

El perfume de su cigarrillo turco profanaba el límpido y sencillo ambiente aldeano y su cuerpo maravilloso ondulaba en la sombra.

Como todas las noches llegó hasta las proximidades de la casa y lanzó el silbido de llamada.

José Luis, que acababa de sentarse a la mesa para cenar, se estremeció. Se puso en pie y miró hacia la cocina, donde Alma distribuía la cena en los platos y comprendió por su actitud que también ella había oído el silbido.

En efecto, no había pasado la llamada inadvertida para ella y la ingrata impresión entorpeció su mano.

Cuando salió con los platos, donde la cena humeaba, vió que estaba vacía la silla de José Luis.

“Como siempre... como siempre... Esa mala mujer.... ¡Pobre de mí!...”

Ni un gesto de indignación, ni un movimiento de protesta... Sólo una amargura silenciosa, profunda. Otra cosa no cabía en el



... vió que estaba vacía la silla de José Luis...

corazón de Alma, hecho para amar y sufrir.

Sobre el plato humeante cayeron algunas lágrimas, brillantes y lentas. Daba lo mismo. No tenía que cenar. Esperaría una hora,

dos, como todas las noches, y como todas las noches, al ver que José Luis no volvía, buscaría el refugio y el descanso del lecho.

¡Aquella mujer infame!... ¡Pobre José Luis de su alma!...

II

El no iba contento. Doblábase la cabeza sobre el pecho, se abrían desmesuradamente los ojos.

Aquella mujer le atraía fatalmente. Su carne perfumada, sus ojos turbadores, su boca incitante, le habían fascinado. Temblaba cuando acudía a aquellas citas, consciente de su delito, como el cleptómano que se siente fatalmente impelido a robar.

Su entereza y su voluntad habían quedado hechas jirones en las manos largas, blancas, suavísimas de aquella mujer.

Avergonzado de su propia debilidad, apenas se atrevía a levantar los ojos del suelo.

Pero al sentir los brazos de ella en torno

a su cuello se olvidó de todo. Estrujó aquel talle, sorbió el veneno de aquellos labios.

El paraje era un nido tentador para aquella pasión desatada. Un techado de frondas por donde el resplandor sideral se filtraba débilmente. La canción del mar allá abajo. Un rumor de ramajes movidos por la brisa alrededor de ellos.

La levantaba cogiéndola por la cintura, la zarandeaba como si fuera una muñeca... y no se saciaba de gustar el perfumado zumo de aquellos labios.

Sus ojos llameaban en pleno delirio. Las manos le temblaban de pasión. Y ella reía con regocijo cruel.

Era el momento oportuno.

Acariciándole los cabellos, acercó los labios a su oído y murmuró:

—Vende tu hacienda y vámonos juntos a la ciudad.

El se estremeció.

—No, no puedo irme, no puedo dejar a mi esposa.

Y se debatía sintiendo que los labios venenosos, dulces, cálidos, suavísimos, le recorrían la frente, el cabello, los ojos.

—Un viaje en tu barca... un vuelco... tú te salvas... ella no. ¿Comprendes?

Se incorporó él en una convulsión. Había comprendido. Lo que aquella mujer le proponía era sencillamente que matara a su esposa.

Horrorizado, iracundo, en una formidable reacción de su conciencia, se abalanzó sobre ella para estrangularla, pero ella, en vez de huir, le echó los brazos al cuello y lo besó furiosamente hasta casi hacerle saltar la sangre en los labios.

En las desesperadas sacudidas de José Luis, la muñeca de la ciudad fué de un lado a otro como la cuerda de un látigo; pero los besos triunfaron al fin y el infiel cayó extenuado por la embriagadora delicia.

Estaba en el suelo, indefenso y rendido, y aun continuaba ella besándole y besándose.

Le dejó un momento para formar un haz de juncos.

—Toma. Ocúltate en el bote y te servirán para salvarte tú... Nos marcharemos a la ciudad para amarnos libremente. Seré siempre tuya, sólo tuya... Como ahora...

Entornó él los ojos. La garganta de ella estaba sobre sus labios y el contacto de aquel cálido terciopelo disparaba febriles estremecimientos por todo su ser.



... y aun continuaba ella besándole...

Con el haz de juncos debajo del brazo, se dirigió a la casa.

Era ya muy entrada la noche. Harta de esperar, Alma había dormido a su hijito

y se acostó. Estuvo aún mucho tiempo despierta, pero José Luis no llegaba y se quedó plácidamente dormida.

El ocultó el haz de juncos en el establo. Le dominaba una mortal agitación. La muñeca de la ciudad había llegado con él hasta muy cerca de la casa y allí se detuvo para despedirle.

Desde el establo vió aún José Luis aquellos ojos de maleficio fijos en él a través de las tinieblas de la noche.

Entró de puntillas en la espaciosa habitación y al pasar por el lado del lecho de Alma no se atrevió a mirarla.

Vestido como estaba, se tendió sobre el lecho. Era ya tan tarde que no valía la pena de quitarse la ropa.

En seguida se sumió en un sueño angustioso y pesado, en algo que más que sueño era tortura. Negras figuras, imprecisas y fantasmagóricas, desfilaban ante él, y entre ellas triunfaba el resplendor de unos ojos intensamente negros y de unos labios muy rojos.

“Vamos a la ciudad... Vamos a la ciudad...”

Estas palabras llegaban a él de no sabía dónde, pero no dejó de oírlas durante todo el sueño.

Después, una barca que navegaba por la bahía. El cogía a Alma y la arrojaba al mar y la veía perderse debajo de la superficie.

Hubiera querido salvarla, horrorizado de su crimen, pero ella, la otra, le tenía prendido con sus besos voraces.

Y al fin triunfaba la dulzura de aquellos besos sobre la angustia de ver desaparecer a Alma debajo de la superficie.

Un gemido despertó a la esposa y ésta pudo ver que ya la semiclaridad del alba se filtraba por los resquicios del ventanal.

Ya era de día, ya debía levantarse.

El gemido no se había vuelto a oír y Alma comprendió que lo había lanzado José Luis porque lo vió revolverse en el lecho.

De puntillas se acercó a la cama de José Luis. Le contempló un momento. ¡Cuánto la apenaba verle sufrir de aquel modo!

Amorosamente, maternalmente, le cubrió con la sábana y se fué al corral, a echarle de comer a los animales.

Poco después despertó José Luis.

Lo primero que se esbozó en su mente después del sueño fueron las palabras de la perfida.



De puntillas se acercó a la cama de José Luis.

“¿Y si el bote volvara?”

El se salvaría con los juncos. Ella se ahogaría. Nadie sospecharía nada. Había sido un accidente.

III

La vió desde el lecho cómo echaba el maíz a las gallinas, con ademanes llenos de gracia, de una gracia infantil.

Se dirigió hacia ella. Detrás de la puerta permaneció un momento escondido, vacilando, sin atreverse a salir para invitarla a realizar "el viaje".

Tan absorto estaba, que no se dió cuenta de que ella se acercaba y casi tropezó con él.

Se sobresaltó.

—¿Ya te has levantado? Pareces muy fatigado. Debiste estar en la cama hasta más tarde.

—Es que... quería invitarte a que hicieramos una pequeña excursión.

Ella le miró incrédulamente. ¿Podría ser verdad belleza tanta?

—Vamos donde quieras, José Luis. ¡Cuánto me alegro de oírté hablar así! ¿Acaso has pensado en la ciudad?

—Primero iremos al otro lado de la bahía. Una vez allí, veremos.

La proposición no había sido hecha con amabilidad, pero eso no obstó para que Alma se pusiera loca de contento, no por la excursión, sino por lo que ella significaba.

¿Acaso se había propuesto José Luis terminar con aquella mujer, convencido de que era mucho peor que ella?

Echó a correr hacia la cuna de su hijo, donde la vieja criada le estaba ya vistiendo.

Cogió al niño en brazos y comenzó a bailar y a saltar con él.

Después dijo a la sirvienta:

—Nos vamos. Me voy con José Luis. Acaso no volvamos en todo el día.

Entregó el niño a la criada y fué a vestirse. En un santiamén tuvo puesto el vestido de los días de fiesta. Un sencillo traje

de percal y un sombrerito que no le entraba bien en la cabeza.

Mientras, José Luis había llevado a la barca el haz de juncos y, mirando a un lado y otro, lo ocultó debajo del asiento de popa.

Salió corriendo Alma. Columbró a José Luis desde lejos arreglando la barca y el pecho se le llenó de alegría al advertir en él tanta atención, tanto cuidado.

No cesó de correr hasta que llegó al embarcadero.

José Luis la cogió por la cintura y la depositó en el fondo de la barca. Y entonces advirtió Alma que las manos de su esposo temblaban ligeramente. ¿Sería de emoción? ¿Sería de arrepentimiento?

Se sentó ella en la popa. El comenzó a remar. No quería mirarla. Temía que ella descubriera en sus ojos antes de tiempo lo que él se había propuesto hacer.

Con la cabeza baja, asido fuertemente al puño de los remos, dabá largas paladas que hacían andar a la barca como a saltos.

Alma advirtió su intranquilidad. Era natural. Estaba en el principio de la renuncia-ción.

Para distraerle, para no dejarle pensar en ella, le hablaba sin cesar de cosas triviales.

Y él remaba y remaba con la cabeza doblada sobre el pecho y la mirada fija, clavada en el fondo del bote.

Se diría que cada palabra era una convulsión.

Así pasó algún tiempo, acasa una hora.

La costa era ya una mancha confusa en el horizonte. Nadie podría verles a menos que miraran con un telescopio. Estaban solos en la inmensidad del mar.

Ella hablaba infatigablemente. Al ver que él no le respondía, al advertir su actitud de exasperación contenida, al comprender el sacrificio que para él significaba todavía el separarse de la otra para ir con ella, sintió la misma compasión que había sentido la noche antes, es decir, hacía unas horas, cuando le vió agitarse en la cama, presa de un sueño atormentador y angustioso.

—José Luis—murmuró—. ¿Por qué no me miras? ¿No sabes que yo te quiero siempre? ¿No sabes que yo te querré y te ayudaré por encima de todo?

El levantó la cabeza y fijó en ella una

mirada dura y penetrante, mirada de locura y de amenaza que Alma no había visto nunca en aquellos ojos queridos.

Dejó los remos y se levantó sin dejar de mirarla, y poco a poco se fué acercando a ella.

Era terrible la amenaza de sus crispadas manos, de su torcida boca, de su mirada dura y penetrante.

No necesitó Alma que él pronunciara una sola palabra para comprender lo que pretendía.

Rápidamente, con la intuición adquirida en aquel momento de peligro, lo comprendió todo. Ahora tenía explicación aquel inusitado viaje que por un momento la había hecho soñar.

¡Qué horror experimentó la desdichada! No sólo iba a morir, sino que sería él, el ser para ella más querido del mundo quien la matara. No sabía cuál de las dos cosas la horrorizaba más, si el verse tan cerca de la muerte o el ver a José Luis tan cerca de cometer el ignominioso parricidio.

Dió un grito de angustia y cerró los ojos.

Y pasó un momento largo, interminable.

José Luis se detuvo ante ella con las manos crispadas y dispuestas a hacer presa en el cuerpo virginal y tembloroso.

De súbito, sintió como si algo sujetara sus brazos. Era una fuerza honda y misteriosa que emanaba de su corazón en aquel momento culminante de su maldad. Era...

Había visto el gesto de infinito horror que se reflejara en sus ojos desmesuradamente abiertos, había visto su rostro pálido como la cera, había visto aquel último rasgo de pasividad y de resignación al esperar la acometida con los ojos cerrados...

Como si un golpe descargado en su conciencia la hiciera de pronto despertar, él se sintió contagiado de aquella angustia, de aquel terror y volviendo rápidamente a su asiento, empuñó los remos y comenzó a remar con afán hacia la costa.

Tampoco ahora levantaba la vista del suelo y todo su cuerpo estaba vibrante y activo en aquel afanoso trabajo de librarse hasta del último influjo de la tentación.

La quilla iba abriendo en el agua un surco espumoso, los remos se doblaban como

juncos y el sudor perlaba la frente de José Luis.

Alma había abierto los ojos, pero no miraba al remero sino que sus ojos impávidos se fijaban en la burbujeante estela. No, no podría mirarlo. La sola idea de que estaba cerca de él la hacía temblar. Hubiera preferido morir a tener que soportar el recuerdo de que José Luis había tratado de asesinarla.

Encogida y con la cabeza doblada sobre un hombro, jadeando como si acabara de realizar un sobrehumano esfuerzo, miraba la espumosa estela sin ver nada, con el pensamiento y el alma entera pendiente de lo que acababa de ocurrir.

Cuando por fin llegó el bote a la costa, saltó a tierra antes de que José Luis pudiera darse cuenta de ello.

Saltó a tierra y echó a correr con toda la velocidad que le permitían sus frágiles piernas de mujer-niña, echó a correr como corría en los días de su infancia cuando seguía al ganado por riscos y vertientes.

El corrió tras ella.

Aquella huída le desgarró el corazón. Al-

ma le temía como se teme a un monstruo.

La llamó:

—¡Alma! ¡Alma!

Y al ver que, en vez de detenerse, ella hacía más rápida su carrera, añadió en tono de súplica:

—¡No te haré nada! ¡No me tengas miedo!

Pero ella no cesaba de correr. ¿Cómo no había de temerle si estuvo a punto de asesinarla?

Dos veces cayó y se levantó prestamente, sin preocuparse del dolor de la caída, para continuar corriendo, huyendo.

—¡Alma! ¡Alma!—imploraba él.

Con cada segundo que pasaba era más profundo su dolor y más amargo su arrepentimiento.

Ella ni siquiera se volvía a mirarle. El campo era pequeño para ella.

Ya iba José Luis a alcanzarla, cuando pasó el tranvía de la ciudad y Alma subió a él.

José Luis hizo un esfuerzo supremo y logró alcanzar el tranvía.

Al verlo acercarse, ella miró a un lado y a otro buscando el sitio por donde escapar,

pero se vió cercada por hierros y cristales.

Sin cuidarse de la extrañeza de los pasajeros ante aquel insólito espectáculo, José Luis se acercó a ella suplicante.

—¡Alma! ¡Alma! ¡Si supieras qué arrepentido estoy!

Ella temblaba encogida en un rincón como si en aquellas manos que otra vez se tendían hacia ella viera una mortal amenaza.

El se retiró para no amedrentarla más y así fueron todo el camino.

Antes de bajar la cogió él del brazo, lo que motivó en Alma un movimiento de protesta y de pánico.

Varias veces trató de escapar en tanto él la conducía a lo largo de la calle. Estaban en plena ciudad y a aquella hora de la mañana comenzaba la intensidad del tráfico.

Por un lado y otro de ellos pasaban gentes de diversa condición, con una prisa desconocida en la aldea.

En la puerta de un café le obligó él a detenerse.

Ella no hubiera entrado, ella sólo pensó

ba en verse libre de aquella mano que la retenía, pero no tuvo más remedio que obedecer, porque él era más fuerte.

—¿Qué querrá hacerme ahora?—se preguntaba en tanto él la conducía al interior del establecimiento.

IV

La hizo sentar en una silla. Cada vez que las manos de José Luis se posaban sobre ella, Alma experimentaba una convulsión.

El mismo fué al mostrador y volvió con una bandeja de pastas que depositó ante ella. Alma miraba las pastas y le miraba a él como si temiera que José Luis hubiera echado allí algún veneno.

Como él la invitara, ella tendió la mano. Había visto en los ojos de José Luis una imploración sincera, un arrepentimiento profundamente sentido.

Esto la enterneció hasta tal punto, que cuando fué a morder la pasta, las lágrimas brotaron a raudales de sus ojos y cayó de

bruces sobre el velador, ocultando el rostro en los brazos.

La estremecían los sollozos. Todo su cuerpo vibraba a impulsos de la pena.

El trató de rodearle los hombros con un brazo, pero ella se levantó y salió a la calle.

Esta vez no podía huir. Las fuerzas comenzaban a faltarle.

Por eso José Luis pudo alcanzarla por el talle y conducirla así a lo largo de la acera.

Les salió al paso una vendedora de flores y José Luis le compró a Alma un ramo. Pero con ello sólo consiguió que el dolor se recrudeciera y que de nuevo un llanto convulsivo la dominara.

Esta vez no esperó Alma a que el brazo de José Luis le rodeara el talle, sino que ella misma se aproximó a él y apoyó la cabeza en su hombro.

* * *

Una barrera de gente les cortó el paso en la acera. Estaban ante un templo y por encima de la fila de curiosos vió José Luis

que pasaba una pareja de novios. El iba vestido de negro; ella iba envuelta en blancos y vaporosos velos de desposada.



... ella misma se aproximó a él...

Dominados por extraña curiosidad, entraron tras ellos en la iglesia.

Sentados en un banco oyeron cómo el sacerdote dejaba caer en el silencio de la nave casi desierta estas palabras solemnes, dirigidas al varón:

—Dios, con el vínculo sagrado del matrimonio, te da este mandato: Es joven, sin experiencia. Amala y guíala en la vida. Guárdala y protégela contra todos los peligros.

Al oír estas palabras José Luis notó que un quemante rubor subía a sus ojos y a sus mejillas. Recordaba que las mismas órdenes le había transmitido a él el ministro de Dios. ¡Bien las había cumplido!

Las lágrimas brotaron a sus ojos y su cabeza cayó sobre el regazo de Alma.

Lloraba como antes había llorado ella, lloraba como un niño...

Alma, profundamente conmovida, rendida por completo a los dictados de su corazón hecho para amar y perdonar, acarició los queridos cabellos que tantas veces había acariciado y le dirigió palabras consoladoras, maternales.

* * *

Cuando la gente esperaba ver salir a los recién casados, vieron en la puerta del templo a la simpática pareja de campesinos

Iban enlazados amorosamente; no vieron a la multitud que sonreía con gesto un tanto burlón. No veían nada. Estaba absortos



Recordaba que las mismas órdenes le había transmitido a él el ministro...

en sí mismos, en su ansia infinita de renovar el antiguo y glorioso amor.

Así cruzaron la calzada. Y en su embriaguez, creían ir por un camino tapizado de flores.

De pronto alguien hizo volver a la realidad a José Luis sacudiéndole de un brazo. Era un gendarme. Entonces se dieron cuen-



... y en su embriaguez creían ir por un camino tapizado de flores.

ta de que estaba rodeados de vehículos que habían tenido que detenerse para no atropellarles.

Huyeron a la acera y desde allí siguieron

escuchando miles de voces que les increpaban y vieron asomar por las docenas de vehículos parados otros tantos brazos amenazadores.

Rieron el gracioso incidente. Fué aquella risa inocente, infantil, que, semanas atrás, animaba todos los actos de su vida.

* * *

—¿Adónde vamos?
 —Adonde quieras, Alma.
 —Comeremos en el rinconcito de un café.
 —Sí, como los novios de la ciudad.
 Se tocó la cara. Llevaba una barba de varios días.
 —¿Verdad que no estoy muy presentable así?
 —Estás muy mal. Debes afeitarte.
 —¿Dónde?
 En cualquier barbería. Yo he visto una al pasar, donde había más de veinte sillones.
 —Esa será muy cara.

—¡Qué importa! ¡Por un día!

—Es verdad. Hoy no debemos pensar en el ahorro

Fueron a la peluquería de los veinte sillones.

V

El encargado, amabilísimo, salió a recibirlas. Condujo a José Luis a uno de los sillones vacantes y a Alma le hizo sentar en un sofá, entregándole una revista, para que se distrajera mientras esperaba.

Veía desde allí a su esposo. El peluquero había echado atrás el sillón y, después de atarle al cuello un paño que le cubrió hasta las rodillas, comenzó a embadurnarle de jabón el rostro.

Surgió de pronto una joven de ojos negros y pintados, vestida provocativamente con un traje muy ceñido.

—¿Manicura?—preguntó.

Y antes de que José Luis pudiera contestar, le cogió una mano.

Alma tragó saliva. ¿Se dejaría dominar José Luis por el capricho de aquella descocada mujer?

Pero José Luis, al sentir el contacto de las manos femeninas, se incorporó y despidió a la manicura con una brusquedad.

Alma lanzó un suspiro de alivio. Indudablemente, la resurrección de José Luis era sincera.

De pronto, notó que la empujaban y vió que a su lado se había sentado un joven que la miraba cínicamente.

Ella se retiró un poco azorada, pero el joven se acercó hasta volver a establecer el contacto con el codo.

No contento con eso, cogió una de las flores del ramo que todavía tenía Alma en las manos, cortó el tallo con las uñas y se adornó el ojal de la solapa.

Alma no sabía qué actitud tomar, tan azorada estaba, pero José Luis que lo había visto todo, pues en aquel momento terminaban de afeitarlo, supo en seguida lo que le correspondía hacer.

Se fué derechamente hacia el sofá y tranquilizó a Alma, indicándole que podía ir saliendo.

Al ver el tenorio la figura atlética de José Luis y el tono en que hablaba, trató de escabullirse, pero sobre su pie cayó el del ofendido esposo y de este modo lo tuvo sujeto hasta que Alma se hubo alejado.

Entonces le miró fijamente. El pobre don juán estaba encogido en el sofá, sin atreverse a hacer el menor movimiento. Si la fuerza de aquellas manos correspondía a la de los pies, la iba a pasar muy mal.

Todo se le hizo negro cuando vió que el atleta sacaba del bolsillo una navaja y la dirigía hacia su pecho.

José Luis sólo utilizó la afilada hoja para quitarle la flor del ojal, pero el castigador experimentó la misma sensación que si la navaja le hubiera rebanado la yugular.

Cuando José Luis se marchó, el tenorio juró por la salvación de su alma que jamás volvería a propasarse con una mujer.

* * *

De allí se dirigieron a una galería fotográfica en cuyo escaparate habían visto retratos de recién casados y se hicieron uno.

—Nos haremos la ilusión de que estamos en la luna de miel—dijo José Luis.

—¿Acaso no lo estamos realmente?—replicó Alma.

El fotógrafo acabó de dar a la comedia visos de realidad, felicitando a los recién casados.

Estaba preparando el fotógrafo la máquina, cuando, sin saber cómo, el grupo que el matrimonio formaba, se convirtió en una sola figura.

Se estaban besando. El fotógrafo, que había sido joven también, se enterneció ante el cuadro y tiró una placa sin que ellos se dieran cuenta.

Cuando el nudo conyugal volvió a deshacerse gracias al arte que el fotógrafo tenía para toser, tiró éste la segunda placa.

Sólo cuando llegaron a la calle y abrieron el sobre para examinar los retratos, se dieron cuenta de que la cámara les había rendido el homenaje de perpetuar aquel primer beso de su segunda luna de miel.

Fué un día completo. Comieron en un restaurante de lujo y pasaron la tarde en un parque de atracciones, donde bailaron y probaron suerte en todos los juegos.

Entraron en el salón de baile y causaron sensación ejecutando una danza de la aldea que contrastaba ventajosamente con los bailes modernos.

Finalmente se bebieron una botella de champaña y tomaron el tranvía que les condujo a la costa.

VI

Allí estaba amarrada la barca que aquella mañana les había llevado allí en condiciones tan distintas a las del regreso.

Izó la vela José Luis y Alma se acomodó en la popa.

La fatiga y el vaivén de la barca la sumieron en seguida en un sueño superficial y tranquilo. José Luis, al notarlo, se quitó la americana y se la echó sobre el encogido cuerpecillo. Después le rodeó los hombros con un brazo.

Anochecía rápidamente. El mar estaba en calma y la barca se deslizaba como en un vuelo a ras de la superficie.

De súbito, una ráfaga de aire sacudió la

vela y la convulsión fué tan violenta que José Luis hubo de cogerse a la borda para no caer.

Extrañado, miró hacia arriba y vió que



... y Alma se acomodó en la popa.

el cielo se había ennegrecido súbitamente y que el mar se agitaba con intensidad creciente.

Comenzó a llover, gruesas y esparcidas gotas primero, después un azotador torrente.

Se había desencadenado al mismo tiempo un violento huracán. José Luis emprendió una titánica lucha con la vela para arriarla y cuando lo consiguió, ya se había despertado Alma.

—¿Qué pasa, José Luis?

—Nada, mujer. No te asistes. El mar y el cielo que se han puesto un poco furiosos.

—¿Estamos muy lejos de casa?

—Nos falta recorrer media bahía. Pero eso para mí no es nada. Ya sabes que con los remos en la mano soy un verdadero campeón.

Trataba de tranquilizarla, pero Alma sabía muy bien lo que había tras aquel tono de indiferencia.

Un relámpago y un trueno formidable. De un salto, Alma se plantó al lado de José Luis y se abrazó a sus rodillas.

Y José Luis remaba furiosamente. Pero sus esfuerzos eran contrarrestados por la violencia de las olas.

—¡Hijo mío! ¡Te hemos dejado solo! — gritó Alma desesperadamente.

—No seas tonta, Alma. Nuestro niño no

está solo, sino que el ama le hace compañía... Y nosotros estaremos pronto con él.

De súbito sonó un crujido. Era que se había roto un remo. Continuó remando con uno sólo, pero también se rompió. Unicamente siendo de acero habrían podido resistir el encuentro de aquellas dos fuerzas descomunales: la del mar y la de los brazos de José.

La tragedia se planteó con toda crudeza inmediatamente. La barca, sin mando ninguno, volcaría.

—¡Mi hijo, mi hijo!—exclamó Alma.

Vaciló el bote, y un torrente de agua salada llegó hasta ellos y casi los hizo caer.

—Estamos perdidos, José Luis.

Pero él, de súbito, tuvo un recuerdo.

—No, Alma. Te salvarás.

Cogiéndose a la borda llegó hasta la popa, sacó el haz de juncos y se lo ató a la espalda.

—La costa está cerca. Mira las luces.

Apenas hubo terminado de pronunciar esas palabras, se sintieron sumergidos y separados por los embates de las furiosas aguas.

* * *

Cuando José Luis llegó a tierra, estaba tan aturdido que tardó mucho tiempo en darse cuenta de la situación.

Y cuando lo consiguió fué para lanzar un grito angustioso.

No estaba por ninguna parte. No se veía el menor vestigio de ella. La calma había renacido, pero la oscuridad era más profunda aún que antes.

Corrió a la aldea, despertó a todos los vecinos, gritó su desgracia.

Todos los pescadores se hicieron a la mar provistos de linternas. Estuvieron mucho tiempo buscando y al fin encontró José Luis un vestigio de Alma. ¡Vestigio doloroso! Eran los juncos que flotaban esparcidos. Deshecho el haz, no había esperanza de que Alma se hubiera salvado.

Tuvieron que llevarlo a casa casi en bra-

zos y allí, junto al lecho de ella, lloró largamente, desconsoladamente.

* * *

La mujer de la ciudad estaba en aquel momento leyendo un periódico, con un cigarrillo entre los labios.

Oyó de pronto la agitación que se produjo en la aldea y al saber que Alma se había ahogado, sonrió con bárbara satisfacción.

—Me ha hecho caso. Ahora se vendrá conmigo a la ciudad y allí venderemos la hacienda.

Se vistió y se arregló en un santiamén y, por los caminos oscuros recorridos tantas veces, se dirigió a la granja.

Silbó.

José Luis, que tenía la cabeza apoyada en el lecho, se irguió de pronto. Una nueva tempestad pasó por su mirada. Salió con paso firme.

Se acercaba a ella mirándola de un modo tan extraño que la perversa muñeca sintió cierto recelo. Cuando estuvo cerca y vió su faz desencajada, ya no dudó y echó a correr.

Peró José Luis corrió tras ella y la alcanzó.

La cogió del cuello y comenzó a apretar las mortales tenazas de sus manos.

—¡Ahora las vas a pagar todas juntas!

Y ya comenzaban a inyectarse aquellos ojos de maleficio, cuando José Luis oyó una voz, la voz de la vieja sirvienta.

—¡José Luis! ¡Salvada!

Soltó la linda y monstruosa cabecita y echó a correr hacia el embarcadero.

En efecto, un viejo lobo de mar la llevaba en brazos y decía orgullosamente:

—Conozco al dedillo las mareas. Ya sabía yo que al fin la encontraría.

Aun llevaba medio haz de juncos atado a la espalda.

José Luis arrebató su tesoro al viejo pescador y corrió con él hacia la casa.

Al comprobar que respiraba, que vivía, los ojos del esposo se llenaron de lágrimas.

Y volvió a llorar poco después, cuando Alma abrió los ojos y le echó los brazos al cuello.

Amanecía. Era el amanecer de un nuevo día y de una vida nueva de amor y fidelidad inquebrantables.

FIN

Ya se ha puesto a la venta con gran éxito

LA VIDA, EL DESEO Y LA VICTIMA

Novela cumbre de

Alfonso Vidal y Planas

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

La Novela Cinematográfica del Hogar

aparece los sábados y sólo publica
asuntos de buen gusto

Número 1: **Puertas cerradas**
por Virginia Valli
Postal-bicolor: JANET GAYNOR

Número 2: **Madre pecadora**
por Irene Rich
Postal-bicolor: CHARLES FARRELL

Número 3: **Estrella simbólica**
por George O'Brien y Sue Carol
Postal-bicolor: MARY DUNCAN

Número 4: **La Losa del Pasado**
por Donald Keith y Helen Foster
Postal-bicolor: EDMUND LOWE

Número 5: **La mujer de Satanás**
por Marcela Albani y Jack Trevor
Postal-bicolor: PÓLA NEGRI

Número 6: **Jimmy, el misterioso**
por William Haines y Leila Hyams
Postal-bicolor: MAURICIE CHEVALIER

Número 7: **Nueva mujer, nueva vida**
por Dorothy Sebastian, Pat O'Malley y Harry Murray
Postal-bicolor: JULIETTE COMPTON

Próximo número:

Tras la cortina
por Warner Baxter y Lois Moran

PIDA:

TENTACIÓN, por Greta Garbo.

LA PECADORA, por Lucy Doraine

Esta semana:

EL BESO, por Greta Garbo y Conrad Nagel

Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

Éxito verdad de

La Novela para todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 cts.

La Novela Adán

Compañera de la no menos atractiva EVA

Aparece los martes

Precio: 30 céntimos

Ediciones BISTAGNE



Pasaje de la Paz, 10 bis.

Teléfono 18551

BARCELONA